



## Fuera de sitio

Jueves 9 de enero del 2003

En los dos últimos años hemos sido testigos de una difícil relación entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. Si bien como producto de las elecciones de 1997 se había configurado el primer Gobierno federal dividido de nuestra historia política, las relaciones entre ambos poderes no fueron tan ásperas como han sido en el gobierno encabezado por Vicente Fox.

Es muy probable que el hecho de que el partido del presidente Ernesto Zedillo sólo haya perdido la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados (en 1997), ayude a explicar la situación. La elección del 2 de julio de 2000 no sólo se tradujo en la alternancia en el Poder Ejecutivo, sino que incluyó, por primera vez, la falta de una mayoría absoluta para alguno de los tres partidos principales en el Congreso.

En efecto, fue el partido perdedor, el PRI, el que obtuvo la mayoría relativa en ambas cámaras. El partido del Presidente, el PAN, se convirtió en la segunda fuerza legislativa y con ello se configuró un verdadero Gobierno dividido. El tipo de gobiernos compartidos al que estábamos más habituados, en el plano estatal, era aquél en el que el partido del Ejecutivo perdía la mayoría absoluta, pero al menos conservaba la mayoría relativa.

Además, durante el segundo trienio de Ernesto Zedillo, fue el PRI la segunda fuerza en la Cámara de Diputados, mientras que la mayoría relativa la detentó el PRD. La proclividad a las alianzas y la comunicación entre ambas fuerzas era más fuerte que la que existe hoy entre el PRI y el PAN, es decir, entre la primera y segunda fuerzas.

En ese contexto se inscribe la famosa frase de Vicente Fox en su toma de posesión el 1 de diciembre del año 2000: "El Presidente propone y el legislativo dispone". Así lo ha venido haciendo y así han sido las rabietas presidenciales: Por ejemplo, cuando el Senado le negó el permiso para una gira a Estados Unidos y al no haberse aprobado su propuesta de reforma fiscal a finales del 2001.

Pues bien, en ocasión de su más reciente gira internacional, concretamente el lunes 11 de noviembre pasado, ante estudiantes de la Universidad de Oxford, Vicente Fox arremetió contra diputados y senadores, pues, dijo, muchos de ellos "sólo trabajan para sus propios intereses". De ello dedujo, que el antídoto sería la reelección, "pues eso los obligaría a atender a su electorado". Así, la condición de reelección es una garantía para el ejercicio correcto del Gobierno.

Algunos analistas leyeron en la declaración de Fox, la propuesta implícita de que la reelección no sólo fuera para los congresistas, sino que, por el bien de México, alcanzara a la Presidencia. Fue necesario, como ya viene siendo una costumbre en el actual Gobierno, que el Presidente aclarara al día siguiente que "ciertamente, no buscaba la reelección".

Nuestro Presidente es muy afecto a relajar la lengua cuando sale al exterior. La reseña de ocurrencias durante sus viajes es extensa. Me da la impresión que se siente tan a gusto de viaje que comienza a ver todo color de rosa. O bien, pudiera ser que las lecturas de sus asesores incluyan recetas de optimismo discursivo para paliar los problemas.

No creo que el Presidente crea que porque anda lejos de México sus declaraciones no van a ser conocidas en el país y que por ello puede vender cualquier idea, insisto, no lo creo. Lo cierto es que las críticas calaron fuerte y de ellas no debería seguirse que la solución es la reelección. Ciertamente existe un fuerte consenso entre los partidos políticos para impulsar la reforma constitucional que permita la reelección en el Congreso. Las bondades de tal medida han sido señaladas ampliamente.

El problema es que el Presidente pudo haber actuado con más tacto y utilizado otro tipo de premisas para justificar su propuesta. Eso se llama tacto político. Incluso pudo haber introducido la crítica a los diputados y senadores que sólo actúan para sus propios intereses, que los hay sin duda, sin utilizar la figura de la reelección. La amplia agenda del Congreso se podría desahogar mejor con relaciones menos ásperas entre ambos poderes.

El Presidente tendrá que ir aprendiendo a manejar mejor sus discursos. La improvisación no es uno de sus activos. Debe entender que lo que diga en el exterior es escuchado y analizado en nuestro país. No creo que la solución sea que el Congreso le niegue el permiso de viajar, aunque el único ánimo fuera para que no hiciera declaraciones embarazosas. Luego arremetería contra los legisladores.

Tienen mucho trabajo los asesores de Fox. Más vale prevenir porque luego resulta más complicado enmendar la plana o andar traduciendo discursos. No puede olvidar tampoco que preside un Gobierno dividido bicameral; aunque su apuesta, sin duda, es que esa situación cambie mediante las elecciones federales del verano.